NO PUEDO DORMIR

NADA. RETRATO DE UN INSOMNE

BLAKE BUTLER
Traducción de
Rubén Martín Giráldez
Alpha Decay. Barcelona, 2012
378 páginas, 28 euros
★★★★☆

Un fantasma recorre las letras de EE.UU. y alrededores (es decir: del resto del mundo) y ese fantasma es el de David Foster Wallace. Personaje apenas encubierto en *Libertad*, de Jonathan Franzen, y en *The Marriage Plot*, de Jeffrey Eugenides, y figura recientemente denostada por Bret Easton Ellis, Wallace ha hechizado no solo a sus contemporáneos sino, sobre todo, a los más jóvenes. Pocas cosas hay más fascinantes que un cadáver suicida y bien parecido al que se sigue considerando «la mente más brillante de su generación».

Así, el novelista experimental y experimentado bloguero Blake Butler (1979) no duda en rendirle culto en *Nada* y hasta dedicárselo con pasión hagiográfica, a la vez que parece temerle como un Scrooge tan agotado como seducido en noches demasiado largas donde recibir espectros navideños y, sí, Dickens fue un reputado insomne.

Ovejas y lobos

Pero Butler va un poco más lejos (o al menos se desvía) de Wallace y, sin privarse de notas al pie, se aleja por completo de lo que se hace aquí y ahora en los márgenes de un supuesto nuevo *boom* de la crónica periodística. Porque mientras buena parte de sus practicantes y sumos sacerdotes optan siempre por lo figurativo (un retrato, un paisaje, una determinada circunstancia), Butler prefiere internarse en la abstracción del trance espeso de, sí, algo en absoluto divertido que le gustaría no volver a experimentar jamás: esa zona difusa y crepuscular que es la imposibilidad de dormir.

Butler cuenta ovejas mientras piensa en lobos feroces que oscilan entre un Topo Gigio ronroneando «Hasta mañana» y un David Lynch experto en filmar onirismos sin partes despiertas a los que amarrarlos. Y la clave y la audacia residen en el subtítulo original –*Un retrato del insomnio*, inexplicablemente convertido en *Retrato de un insomne*–, que funciona como declaración de intenciones: a Butler le interesa más la enfermedad que el paciente.

Horas en blanco

De este modo, partiendo de lo personal a lo universal de un territorio conocido y padecido por el 15 por ciento de la especie humana, Butler altera la sintaxis, enhebra larguísimas oraciones, acomete juegos tipográficos que enervarán a más de uno y serán pésima influencia para tantos otros (niños: no intenten hacer esto en casa), consigue tramos formidables (destaca «Una historia resumida de la noche») y nos altera al recordar cómo y qué se piensa mientras uno intenta conciliar el sueño. Es decir: el todo y la nada fundiéndose en horas en blanco en las que Derrida se cruza con Proust mientras Warhol deambula con Tarkovsky, se evoca la cultura popular de los años 80 y 90, se postula a internet y a todo lo *on-line* como somnífero excitante (los desvelos de la pornografía en la red y la masturbación son parte importante de las obsesiones de Butler) y se rinde aterrorizado culto a Freddy Krueger y a Stephen King sin por eso privarse de proyectar sobre los párpados a soñadores de altura como Jorge Luis Borges y Julio Cortázar y Clarice Lispector.

Hacia el final, Butler se arriesga a aquello que no quería rebajarse: Ambien, píldoras para dormir, la posibilidad de convertirse en un adicto bien descansado. Pero ¿buenas? noticias: la última línea de *Nada* es: «En medio de la blancura comienzas a teclear».

La vida es insomnio.

RODRIGO FRESÁN

Larga vida a los clásicos

Ciento once títulos integrarán la «Biblioteca Clásica de la Real Academia Española». Un regreso a nuestras fuentes cuyo último título, de momento, es «La vida del Buscón», de Quevedo

La gente conoce la Real Academia Española por el *Diccionario*, la *Gramática* y la *Ortografía*. En su primer glosario, llamado *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), para fijar el significado de un vocablo acudía a su uso en los autores clásicos, Cervantes, Fray Luis de León, por citar algunos de los más seguidos. Esa sensibilidad hizo que la Real Academia se autoimpusiera en el artículo 4 de sus estatutos (1859) la misión de «preparar ediciones correctas y convenientemente ilustradas de nuestros poetas y escritores selectos de todos los siglos».

Palabras de Ortega

Por fin tal empeño va a realizarse, ciento cincuenta años después, por la iniciativa reciente de acoger e impulsar como propia la «Colección de Clásicos Españoles» que Francisco Rico, miembro de la institución, comenzó en la editorial Crítica y continuó luego en Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, sello este último donde han empezado a salir las primeras ediciones de la nueva colección actualizada, desde la insuperable que Alberto Montaner ha hecho del *Cantar de Mio Cid*, hasta la de Fernando Cabo sobre *La vida del Buscón*, de Francisco de Quevedo.